

LA TARDE DE LORCA

DIARIO DE AVISOS FUNDADO EN ENERO DE 1909
DIRECTOR: J. LÓPEZ BARNÉS

AÑO XIX | REDACCIÓN: AVENIDA DE LA ESTACIÓN, LETRA D, BAJO | JUEVES 14 ABRIL 1927 | TELÉFONO NUMERO 90 | NUMERO 4.909

GARGANTA, NARIZ, OIDO
ESPECIALISTA
DR. ANGEL ROMERO
Platería 57.-Teléfono 504.-MURCIA

MUEBLES

Sebastian Guijarro - FRENERÍA 30 Y 31 Y REINA 6
TELÉFONO 345 - MURCIA
Grandes existencias. Nuevos estilos.
Interesa ver precios y construcciones de esta Casa.
MURCIA

TRADICIONES DE ORIENTE
EL PUEBLO ERRANTE

Hermoso cielo de Galilea: mis ojos no han admirado, por desgracia, las poéticas tintas de tus crepúsculos.

Perfumadas faldas del Carmelo: mi pecho no ha respirado el balsámico aroma de tus brisas.

Frescas riberas del Jordán: mis profanos labios no se han humedecido jamás con el claro manantial de tu corriente santa.

Sagrada cumbre del monte de las Calaveras: mis plantas no han hollado tus calcinadas rocas, empapadas un día con la sangre de Dios y las lágrimas de la Virgen.

Anciano Olivete, cuya cima sirvió de pedestal al Nazareno cuando las nubes celestes descendieron del Paraíso para arrebatarse de la mansión del hombre: la brisa vespertina que agita las pequeñas y aterciopeladas hojas de tus olivos no ha oreado mi frente nunca.

Libano inmortal, majestuoso fantasma de los tiempos, que guardas en tus mudos anales la historia monumental; Balbek desconocido a los hombres, que fecundizas con el húmedo polvo de tu nieve el llano de Blak, que oreaste la plateada cabellera del solitario Noé, y presenciaste la divina tragedia del Gólgota, lanzando un gemido de dolor, cuyo eco fué a perderse en las profundas concavidades de tus barrancos: el oloroso perfume de tus cedros, el brillador reflejo de tus cordilleras, no ha detenido mi paso para admirarte desde los pintorescos valles de Zagle.

Y tú, reina del Asia, cumbre inaccesible del Sabino, que ocultas la eterna nieve de tu cima en el tranquilo azul del firmamento: el húmedo polvo que el viento de la tarde arranca a tu nevada cabellera no ha humedecido mi traje, no ha cegado mis ojos.

Yo no he tenido la dicha de admirarte, hermosa y poética Palestina.

Los ojos del cuerpo no se han extasiado contemplando los campos de Zabulón, cubiertos eternamente de violetas.

Yo envidio a los ilustres viajeros, a los cristianos peregrinos que han corrido el dilatado suelo que ocuparon tus doce tribus desde el monte Hermón hasta el torrente de Egipto, desde las cordilleras de Galaad hasta las tempestuosas playas del mar Occidental.

La historia de tu pueblo ha sido mi libro favorito desde que mi lengua comenzó a ligar las letras del alfabeto.

Pero, ¡ay!..., ¿que se hicieron los descendientes de Abrahám y de Jacob?

El pueblo de Israel... tan sabio, tan valiente, esa raza de donde nacieron los Profetas, esas tribus que immortalizaron los nombres de sus jefes, ¿en dónde están? ¿qué punto de la tierra ocupan? ¿dónde se halla su hogar? ¿cuál es su patria?

Dios nació entre ellos, y la sangre de su Dios que derramaron pesa sobre sus cabezas como una maldición, y los empuja por el mundo como débiles aristas que arrastra sin rumbo fijo el poderoso soplo del huracán.

El ariete romano ha convertido en escombros sus poderosas ciudades; la triunfadora espada de los hijos del Tiber segó sus gargantas; las sombras terribles de Vespasiano y Tito se ciernen todavía sobre las sangrientas ruinas de Jerusalén, espantando el sueño y arrancando lágrimas de luto y vergüenza a los descendientes de los Macabeos.

La hora anunciada por los profetas sonó en el horario inco rrutable de los tiempos; las águilas y los cuervos que anidaban en las quebradas rocas del Libano, sumisos al mandato de Dios, se cernieron sobre el llano de la ciudad maldita.

Sus corvos picos, sus acerdas garras, destrozaron sin piedad las entrañas de los doctos y los que sobrevivieron a tan horrible catástrofe legaron a sus hijos una maldición eterna y una vida errante y vergonzosa hasta la consumación de los siglos.

Las profecías se han cumplido: el templo de Sión no alza sus soberbios pórticos; sus puertas de oro no se abren ante el paso del sacerdote hebreo; los descendientes de Jacob ya no acuden a sacrificar ante los altares del Dios invisible de sus mayores, y las arpas y los salterios de las hijas de Judá no elevan dulces y poéticas melodías al Santo de los Santos.

Moisés, el intérprete de Jehová, tu sabio legislador, tu dogma

ya no volverá a ilustrar en el desierto.

En vano esperas, pueblo maldito, la venida del Mesías: en tu seno tuvo su cuna, su rostro escupiste, su sangre derramaste, y su maldición aplasta con su peso la prosperidad de tus hijos.

No esperes, no, que los campos de Gabaón se cubran nuevamente con los laureles de Josué y los despojos sangrientos de los cinco reyes mandados por Adonisach.

Aquella batalla, que duró tres días sin ponerse el sol, sólo pudo efectuarse por la voluntad de Dios, y Dios ha lanzado su horrible maldición sobre tu raza.

Por eso la bandera de los Macabeos no volverá a pasearse triunfante por la hostil Samaria, ni los valientes hijos de Matías alzarán sus tiendas sobre las altas cumbres del Garizim.

Débora ya no administrará justicia a la sombra de las palmeras de Efraím, ni el canto de Jehel, la mujer fuerte, reanimará en los combates el valor de los hijos de Judá. La hermosa Esther no tornará a salvar su pueblo del furor de sus enemigos, ni Elías, rayo de Dios, hará llover fuego del cielo para encender a leña verde el sacrificio.

Tus conquistas no se extenderán desde el Mediterráneo al Eufrates, como en tiempos de David, «el ungido del Señor», ni tus hijos gozarán en paz a la sombra de sus sauces las inmensas riquezas que les proporcionaba el floreciente reinado del Rey de los Cantares.

Salomón, «el bien amado del Señor», ya no enviará sus naves a Ofir, tierra del oro, ni pasará

rá las calles de la ciudad santa con su carro de bronce de Corinto, en cuyo frente se leía con letras de diamantes: «Yo te amo, oh querida Jerusalén!»

¡Pueblo de Abrahám! Tu nombre es un oprobio, tu patria el destierro. Grande es el castigo que Dios manda sobre tu raza; pero tu delito es grande, pues derramaste su sangre cuando Él te había elegido por su patria. Tú cerraste los oídos a sus palabras, los ojos a sus milagros, y aquellas palabras y aquellos hechos resuenan y aparecen en torno suyo hasta en tu sueño.

Dios quiso recogerte bajo sus alas, como la amante gallina a sus polluelos, y tú le sacrificaste en recompensa de su inagotable amor.

¡Jerusalén! ¡Jerusalén! En tí no ha de quedar piedra sobre piedra, te dije; y su promesa se ha cumplido.

¡Jerusalén, Jerusalén! Tu pasada gloria es un montón de escombros, sobre los cuales se mece todavía la aterradora maldición de Dios, repitiendo sin cesar: ¡Llora, llora, llora, «ciudad ingrata!»

Enrique Pérez Hscrich

De EL MÁRTIR DEL GÓLGOTA, novela que empezaremos a publicar muy en breve.

LEASE EN N.^a
PLANA

Nuestro folletón

“Los Ojos de Luchena”

por Joaquín Espín



SERMON EN EL LAGO DE TIBERIADES

(Cuadro de Hofmann)